

## El tío Lucas

"Dice que era un hombre pobre, trabajaba día y noche solamente acullicando coca, tenía su señora y sus hijos.

Una noche, de esas tantas, pensaba en cómo ganar dinero para mantener a su señora y a sus hijos, cuando le apareció el Tío Lucas en forma de un gringo y le había hablado para que hagan un pacto por el que ganaría mucho dinero y luego de diez años, el minero debía desaparecer en cuerpo y alma.



«EL TÍO». Oleo del artista orureño Eduardo Ibáñez Acevedo - 1969

El minero le contó a su mujer y con ella acordaron aceptar el pacto y burlarse del Tío. Entonces el hombre hizo una apuesta con el Tío: que le dé todo el dinero que necesitaba y para cumplir su parte, él desaparecería en alma y cuerpo, siempre que el Tío diga qué animal es el que en ese momento le presentaba el minero; el Tío le dijo al aceptar, ¿Qué animal puede ser si yo conozco a todos los animales?

Cuando llegó el momento, el minero desnudó a su mujer y la untó con alquitrán totalmente y le puso plumas de toda clase. El Tío llegó a las doce de la noche para llevarse al minero cuerpo y alma, y éste le dijo temblando de miedo, ¿puedes ahora decirme qué animal es éste?, el Tío se puso a pensar y ver por todas partes al animal, y no conocía, pasaron las horas y al amanecer cantó el gallo, lo que era la seña y el Tío no conoció al animal y perdió la apuesta y se fue entre las galerías de la mina golpeando sus cuernos contra las rocas porque perdió la apuesta, y el minero y su señora se salieron de la mina con mucho dinero que les sirvió para comprarse de todo y vivir muy bien desde entonces".

ALBERTO GUERRA GUTIERREZ.  
(1932 - Oruro). Poeta y escritor. El cuento pertenece a su libro "El Tío de la Mina"  
Ficha N° 7.



## Club Cementerio

### MUNDOS EN UN PEDAZO DE PAPEL

Herencias involuntarias y circunstanciales, a veces determinan legados imperecederos. Uno de los primeros grupos de asociación a los que pertenecí (conducta por demás deseable en todo «animal social»), con ejercicio pleno (o casi) de mis libertades, fue un decadente club de filatelistas cuando yo aún no había abandonado las pistolas, los camioncitos o los trompos (a pilas desgraciadamente), como para entender que la radical y certera diferencia entre *mundo de juguete* y *mundo de verdad*, tenían lo suyo y, más tarde o más temprano, en otros sitios ¿otros mundos? Y momentos volverían a encontrarse, con otros nombres, es cierto, pero también acaso con otra persona.

Realidades aparentes, sacros discursos trocados en intransigentes juegos de palabras, realidades virtuales, condiciones ontológicamente lúdicas y otras ideas por el estilo caminan junto a nosotros sin perdernos pisada.

Si jugar es una actividad recurrente en nuestras vidas, tratar de desentrañar sentidos también lo es. En el primer caso, se sabe, es la niñez el espacio privilegiado para hacerlo; en el otro y aunque parezca una ilusión, uno de los espacios de privilegio lo constituye la cualidad iluminadora del alcohol.

Sendas y lúcidas literaturas por ejemplo, se han construido a su alrededor o incluso desde su interior. No es éste el lugar para describirlas, ni siquiera para enumerarlas. Se trata, sencillamente, de conjugar o congregar, de manera arbitraria por cierto, algunos elementos como la filatelia y el alcohol, para decirlo de modo general, en torno a un hecho anecdótico que, desprovisto de toda esta cháchara podría quedar quizá en franca orfandad.

A los hechos. Tengo un par de amigos que comparten entre sí una pasión desconcertante. En cierto momento y desde una remota óptica de filatelista frustrado que aún conservo (involuntaria herencia), logré entender el sentido del «disparate» al que dedicaban parte de sus vidas.

Me encontré con uno de ellos hace poco y quedamos en cenar juntos tras convocar al tercero. Llegado el momento, por supuesto pedimos dos cervezas para acompañar la comida. No tardé mucho en notar que ninguno de ellos sacaba las etiquetas a las botellas. Ellos que en otro tiempo se disputaban ese derecho, parecían ahora totalmente indiferentes. ¿Qué ocurre? Pregunté: ¿no van a sacar las etiquetas de las botellas? Uno fingió ni escucharme, el otro me dijo: Mira. Y me mostró algo en la etiqueta ¡un código de barras!. En ese momento recordé sus casas, donde varias habitaciones estaban empapeladas con esas etiquetas, preciosamente sacadas cual si se tratase de estampillas de nuevo cuño - ésa es mi lectura como de un sobre, de las botellas humedecidas de cerveza Huari. Era obvio que se negaban a decorar sus paredes con códigos de barras, como un filatelista se rehúsa a coleccionar pedazos de papel franqueados con máquinas franqueadoras.

Lo peor de todos esto, era que ese folklore que existe - creo en torno al hecho de visitar los imaginarios mundos internos de esas etiquetas preciosas, quedaba herido de muerte. ¿Cuántos animales de esa fantástica zoología habían sido exterminados?, ¿Cuántos juegos de acertijos y búsquedas quedaban trunco?. El alce, el pingüino, la paloma, el elefante habían sobrevivido, pero su rostro había cambiado. Ya no podrán mirarnos igual desde ese su diminuto y a la vez infinito mundo, donde reinan y nos deslumbran.

Luego de un instante de silencio, cambiamos de tema y terminamos la noche hablando de la infancia, los juegos, los artes «menores» donde supuestamente se pueden mancillar superficies (¿imposible encontrar en un Renoir un código de barras?). En fin, buscamos casi sin darnos cuenta, algún sentido a todo esto, mediante un no menos inadvertido juego de palabras. ¿Qué nos quedaba?

BENJAMÍN CHÁVEZ



el mundo

SUPLEMENTO DE LA CULTURA ORUREÑA

DIRECTOR: Luis Urquieta Mollada  
CONSEJO EDITOR: Alberto Guerra Gutiérrez  
Edwin Guzmán Ortiz  
Benjamín Chávez Camacho  
Erasmus Zarzuela C.  
COORDINACION: Julia Guadalupe García Ortega

Casilla 448. Telfs. 54855 - 76816

Zona Franca Oruro, con nuestra cultura